

cónyuges aseguraban que sus ascendientes y consanguíneos eran perfectamente sanos, pero sí sé que el esposo era un fuerte bebedor de cerveza y que su carácter violento le arrastraba, fácilmente y á menudo, hasta los últimos extremos de la iracundia: también pudo saber que la señora, en extremo meticulosa, era muy propensa á las fobias y durante muchos años tuvo el horror al fuego, por lo que llegó á ser necesario que la familia cambiara de habitación para evitar la vecindad de las fraguas: además, en casi todos los partos, padeció ataques de histeria, y en el segundo de los embarazos los ataques duraron del tercero al quinto mes.

En esta historia, como en la anterior, se ve la dipsomanía invadiendo una familia con antecedentes neuropáticos hereditarios. Si fuera necesario alegar razones para probar que la dipsomanía es una enfermedad, bastaría considerar que ni el sexo, ni la educación, ni la posición social, son suficientes para librar de este mal á personas en quienes no hay causa alguna ni ocasión que los precipite á un vicio bochornoso y si muchas consideraciones de honor, de moral y hasta de conveniencia que las aparte de él. Entiéndese fácilmente que el hijo del pueblo, nacido entre el pulque, acostumbrado á ver la embriaguez entre los que le rodean como la cosa más natural del mundo y sin nociones de honor ni de moral, vaya fatalmente á la pulquería; pero no puede entenderse que una dama virtuosa, modelo de esposa y de madre, cuando á los 30 años se encuentra en posición honorable, en la flor de la existencia y rodeada de todas las condiciones para la felicidad posible de la vida, tuerza el rumbo bruscamente, de todo se olvide y, contra sus creencias y las protestas de su conciencia, precipite en la vorágine de un vicio, la paz de su hogar, su honor y el de los suyos y hasta la estimación de sí misma y hasta el amor de sus hijos. Tampoco puede entenderse que una señorita pulera, merced á esmeradísimas educación, abandone el abrigado y suntuoso hogar paterno para lanzarse á la pobreza y al desamparo y quizá á la deshonra, solamente por no dejar de beber. Estos fenómenos no tienen explicación posible en el desarrollo normal del espíritu humano. Quien así se lanza bruscamente al precipicio, no puede tener la mente sana. La dipsomanía, es pues, una enfermedad moral y desgraciadamente la predisposición para esa enfermedad es hereditaria.

* * *

Nada se ha discutido tanto en medicina legal como la responsabilidad criminal en relación con la em-

briguez, y para fijarla se han dictado reglas generales, clasificando el estado mental del ébrio en diversos períodos, siempre arbitrariamente designados. Las múltiples formas de la embriaguez constituyen un mosaico tan infinitamente variado que es absurdo sujetarlo á divisiones. La embriaguez produce fenómenos de exaltación y depresión rápidamente alternados y afectando variadamente ya una, ya otra de las facultades mentales, y aun fijándose de manera indeterminada en algunas de las subdivisiones de estas facultades. La memoria, según todos sus géneros, la imaginación bajo todas sus formas, los impulsos pasionales más variados, se despiertan, se exaltan, se amenguan, se deprimen ó se trastornan en el más inextricable laberinto. Cada borracho tiene su vino. Querer clasificar la embriaguez en determinados períodos para deducir de esta clasificación el estado de la inteligencia, de la conciencia y del libre albedrío, es lo mismo que empeñarse en clasificar las innúmeras imágenes de los calidiscopios para deducir de allí el diámetro de los lentes. Este ha sido el error fundamental de la medicina reflejado lastimosamente en la jurisprudencia, y es nuestro estricto deber volver sobre los extraviados pasos. Créese erróneamente que mientras no se llega al estado comatoso, la inteligencia, la conciencia y la memoria no están notablemente alteradas y apenas se concede alguna debilidad al libre albedrío. De ahí que se considere la embriaguez en lo que se llama 2^o período como una circunstancia atenuante. Considérase como circunstancia la causa. No puede haber error más fundamental.

De muchas observaciones presento cuatro para que se vea cómo funciona el cerebro del ébrio durante la embriaguez.

(Se continuará).

REVISTA EXTRANJERA

Un caso de úvula supernumeraria.

El Dr. Blois, al examinar la garganta de un joven, encontró que los pilares anteriores eran normales, apareciendo una úvula perfectamente formada; mas en el pilar posterior pendía otra úvula casi oculta por la primera. Este órgano adicional fué extirpado con la asa del galvano-cauterio, apareciendo con su estructura normal. (*Medical Record*).